

DECIRES INCESTUOSOS

Sara Sutton

Tanta sangre le escurrió por los ojos para dejar de creer en los cuentos de hadas en que no creía. No podía dar por perdido el paraíso cuando por momentos lo habitaba. ¿Cómo dejar de buscar a su príncipe si—en fugaces instantes—sus miradas se habían cruzado?

Paraísos y destierro.
Sangre y miel.

En la fusión de sus cuerpos y la imposibilidad del encuentro aparecía el precipicio. Arrojada a ese hoyo negro, no sabía si se sumergía en la soledad más agónica o si la ausencia de luz difuminaba el contorno de los cuerpos enardecidos. Borradora del límite que en su momento inauguró la vida... su vida, siempre con el aliento entrecortado.

Un día un hombre,

después de tantos, fue el primero, el único. ¿Cuánta entrega a un fantasma? No, no era un fantasma, era el cuerpo de su escritura y el exceso de su nombre que,

al pronunciarlo, la hechizó: Él se convirtió en su Dios. Y ella, siendo testigo de la ausencia del nombre, apostó su cuerpo, por su encarnación. Ah, niña ingenua. Sí, frente a Él ella era una niña y, enloquecida por su deseo, se disponía a ser su fiel amante. Ningunos ojos podrían mirarla más que los suyos, ni el espejo podía ya regresarle su imagen; sólo Él podía ser espejo, palabra para nombrarla.

Angustia.

Vértigo: mareo frente al abismo y mareo de vuelo. Deseo nauseabundo de arrojarse y echar a volar retando temeraria a la ley; sin embargo, Él le arrancó el cuerpo y se lo llevó su ausencia, dejando tras de sí la locura del silencio. ¿Quién era? ¿un cuento? Ella no lo quería sin carne, sin tiempo, sin tierra. Él era su destierro: su tierra prometida. Cuarenta años... no estaba dispuesta a morir sin tocarlo. Quería vivir sólo en sus brazos, a través de sus letras y su voz. Creía que sus ojos existían sólo para que Él los mirara, para que sus labios los cerraran y sólo volvieran a abrirse para buscar su rostro. Y así fue. Él se infiltró, por sus ojos la invadió: en su ausencia aparecía en el aire, en la luna, en la arena, en sus manos. Se disolvió en Él para renacer de su carne y llevarlo siempre dentro. Pero no era su cuerpo ni su texto ni sus manos ni su voz. Era el milagro, el depositario de todo a lo que ella había renunciado, la fuga, el pretexto de su delirio y su rebeldía ante el saber. Era todo su deseo potencializado en un abrazo tembloroso que anunciaba la comunión.

Comunión

de la tierra y el cielo. No eran dioses intoxicados de deseo, eran la tierra y el cielo enamorados. Él le confesó que con ella sería un Dios. Ella de antemano lo sabía, pues se creía materia prima, barro blando y húmedo con que Él esculpiría su cuerpo de mujer. ¿Y qué criatura podría surgir del ominoso encuentro entre dioses y mortales?

Demonios,

que exiliados del cielo y aún conteniendo en su simiente el aliento divino, se ven condenados a buscar y destruir la perfección. Ella, embriagada de deseo, estaba cierta de que los dioses existían. “No sólo hay dioses caídos,” dijo, “siempre se caen y, sin embargo, un instante antes de su descenso, les revelan a los empecinados amantes la experiencia de lo divino.” Pero ella quiso olvidar que ese instante es sólo un relámpago que irrumpe en el tiempo. Al confundir con el tiempo el instante inaprensible de lo sagrado—turbador de la profana cronología—sólo queda el arribo del

horror.

Escena que prolonga en el tiempo la felicidad eterna e inmóvil de aquel encuentro. No obstante, ella se rehusaba a dejar de creer, le resultaba insoportable

renunciar a construir, por un tiempo sin tiempo, un templo que disolviera el designio que dividió en un principio el cielo y la tierra.

Caos.

Los ojos ya no saben si miran o son mirados, los dedos se extravían en los vientres, las lágrimas en los flujos y los gemidos en los jadeos. Y ya no es Él quien le regresa a ella su propia imagen; sin pausas en Él se sumerge imposibilitada de resurgir.

Cruces.

Siempre son cruces, nunca puntos de encuentro. Dioses que se saben mortales en medio de un carnaval que obnubila su saber: encarnación de la máscara y sus poderes. Canto divino, preludio del silencio.

Hierba

que se desliza por cualquier fisura y voluptuosa busca cualquier hueco, cualquier falla o descuido para colarse e invadirlo. Esperma femenino que fecunda demonios entre lágrimas de sangre y vino, rezos profanos, monstruos dantescos y serpientes suplicantes. Mujer que nace y muere en el delirio de un texto, de textos que entretejen océanos que derrumban los pilares de estructuras

fracturadas. Decires a medias que intentan hilar besos y flujos mezclados con agua salina.

No quería humanizar al Dios del que estaba enamorada, deseaba su encarnación con el fin de profanar su cuerpo, hacerlo perder la razón y la medida, para entonces salvarlo entre sus brazos y hundirse con Él en el desquiciamiento.

Suspiro.

Lágrimas, exhalaciones, gritos, temblores que intentan descongestionar el cuerpo que implosiona de amor.

Pero todo era un mito. Ella seguía leyendo y, entre frases intempestivas y lecturas que violan, su cuerpo no aparecía y su escritura era pura invocación. La embebía un amor siempre investido de angustia. Angustia antes que amor: anticipación de la caída, de la trágica humanización del Dios, de la imposibilidad de amarlo sin suicidio.

Consumación.

Un día, por fin, se perdió entre sus brazos, y sus labios dejaron de evocarlo para besarlos. Se enfermó de amor. Sentía que moría en la consumación incesante y su renuncia. Ya no había salida, se desvanecía en su presencia y en su ausencia.

Perdida.

Ya no aparecía más que en su nombre, no cabía más que en sus brazos, no sentía más que sus besos, sus caricias, los abrazos desesperados por arrancarse la piel en medio de palpitaciones que imploraban tocarse, arañarse. Ella se desparramaba en su nombre y la desgarraba su existencia. Era la vida amenazada por tanta vida, por tanto *tanto*. Entonces la sangre—símbolo de la violación del cuerpo aislado y protegido—apareció cual manto protector, a modo de misteriosa frontera. Curiosamente la sangre, rebelde ante los ciclos orgánicos, acudió para protegerla, contradiciendo a su deseo suicida de entregarse toda, sin certeza de resurgir entre sus brazos.

Caída,
libre.

Ella era sorda al miedo, a la fisura del mito, a la falla en el nombre, mas la sangre acudió ante un sí incondicional sordo ante tantas señas. La sangre milagrosamente fue el no, el *no* que sabía. En medio de abrazos y desenfrenos Él sólo hacía como si se entregaba. No cabe duda que Él vivía otro cuento, leía otro texto, soñaba aparte: calculaba. Retenía con desesperación las comas y los puntos mientras ella imploraba que extraviara para siempre la puntuación. Él finalmente optó por el silencio ante el filo de un discurso enloquecido.

Pronto ella se percató de que no era Él sino el viento. ¡Cuántas veces había sido por Él poseída! El viento pícaro en las noches de melancolía tendía a colarse por su ventana y la recorría despacio, mudo, estremeciendo cada rincón de su ser. ¡Cuánta soledad en su locura!

Despechada, hizo un esfuerzo por recoger sus pedazos y lazar algo con ellos para no enloquecer al encontrar su nombre en cada lágrima. ¿Cómo hacer suyo su propio texto? Ahora debía recuperar su escritura, sus ojos, su cuerpo. Tenía la frágil ilusión de que de tanto repetir su nombre se gastaría hasta desaparecer.

Tuvo un sueño.

En medio de una orgía de máscaras, ella—desprovista de prudencia y cobijo—se percató de que su atuendo era la piel. Anonadada, se descubre palpitante y expuesta al gélido viento que golpeaba los disfraces faltos de cuerpos. Máscaras que no escondían más nada, textos huérfanos de carne asediando un cuerpo desnudo, arropado de deseo.

Vergüenza.

Deshonra.

Decepción.

Desencanto.

Ella lloró un mar y ya no sabía si era por Él o por la intransigente realidad. Quizás fue su nombre. Ya no sabía si ahora lloraba por la realidad o por su obstinación en negarla. Lloraba de dolor y tristeza, de rabia y vergüenza.

Desierto.
hhhhhhh

Fluido espeso, lava que quema y solidifica nuevas tierras. Exigua cordura que no lograba asir su propio cuerpo luchando por desdibujarse y decirse desde otro aliento. Asfixia de fuego y ley. ¿Dónde encontrar una ventana?

Escritura
exiliada;
su última esperanza.

Tanto amor no entregado, tanto llanto y tanto aliento la arrastraron a la palabra para trastocar el incesto en decires incestuosos; sin embargo, las palabras no arribaban y aquellas que se deslizaban etéreas, al intentar atraparlas, ya otra cosa expresaban. Realizó que no encontraría un decir que exorcizara aquello que convulsionaba en silencio su cuerpo.

Su texto era un tejido de retazos en el destierro del paraíso, palabras que cual dulces ornamentos, sin borrar la huella de su locura, sólo alcanzaban a rozar un sentido que descubría nuevas tierras.

Textura discursiva,
suplemento de oasis.

Agua que no apagaba su sed mas impedía que se ahogara en un pantano de concupiscentes sudoraciones. La tinta devenía texto; paulatinamente iban surgiendo trazos que hacían borde al mar infinito.

Metamorfosis.

Fue entonces cuando, vertida en su ausencia, se convirtió en mujer. Su llanto irrigó la arena y su gemir se tornó canto hecho de restos de los vericuetos de su amor. Y su nombre no le fue dado por la ley que condenaba al amor divino ni por el Dios hecho carne; más bien, se descubrió mujer al encarar la locura en un cuerpo horadado, al sentir en su propia piel la inmensidad del abismo y saber que su nombre verdadero debía ser siempre un misterio, pues intentar develarlo sólo podría engendrar ominosas respuestas. Tanta verdad y tanta ilusión. ¿Acaso podría ser de otra manera? ¿no es el mito la única forma de acercarse a la verdad del ser?

Unidad perdida

desde siempre pero añorada. Intentos constantes por sortear la muerte suplicando al mismo tiempo su abrazo. Hombre huérfano en desesperada búsqueda que encuentra en una mujer aquellos brazos que le dan sosiego, descubriendo envuelto en ellos el infierno. Y la mujer, anonadada, enmudece al querer nombrarse desde otro aliento. Angustia de ser extranjera en su propio cuerpo, más allá de la histeria y del encierro del silencio; pues, más allá de la madre y la puta, la mujer es una bruja. Mujer que ya no es niña, de otro modo que madre y seductora siempre alerta, se descubre imposibilitada de fundirse en otro e intenta decirse desde textos que tiemblan armando caleidoscopios con los pedazos que le quedan. Canto roto, partituras intraducibles en pentagramas.

No había Dios.

No había hombre frente a su deseo, ni beso que anunciara la verdad en la tragedia. El Dios estaba hecho de letras que no encarnaban y no conseguía dibujar ni en su delirio su cuerpo. El deseo no logró tejer deleite a deleite nuevas alas, nuevos cuerpos empapados de tierra.

Su tragedia no fue su delirio sino haberse empecinado en hacerlo verdad. Castigo divino por haber osado usurpar el templo de los dioses, exorcismo cruel que intentaba con manos y dientes arrancarse al Dios que la había invadido. Diosa sin espejo, caída desde el inicio, venturosamente herida.

Gestación.

Sus pedazos ensangrentados fecundaron la arena del desierto que la habitaba. Cuántas cenizas para gestar una mujer desgarrada y no ya una diosa desvalida; cuánto para hacer latir un corazón. Sólo a los dioses no les late el corazón y los andróginos son sólo posibles en el infarto del deseo.

Arrojada.

¿Y cómo se andaba en un cuerpo de mujer? ¿cómo se amaba a un hombre? ¿cómo se amaba en esta tierra, revoltijo de pedazos de divinidad contaminada? Cuánto desconcierto. Tanto en tan poco tiempo. Amor descarriado y abrupto desamor. ¿Amor acaso? ¿Cómo construirse desde otro lugar con tantos pedazos de carne? Su amor desterrado, sin patria ni tiempo, despierta asombrado en su orfandad en medio de un diálogo extraviado. Soledad que no dice y sólo impera.

Ojos tristes.

Manos que mejor se ocupan de escribir. Deseo que llora la realidad agujereada, cenizas que imploran esculpirse en decires. Nombre que intenta inventarse con las heridas, las pasiones, con el ansia y el aliento. Nombre que se teje con anhelo y mundo.

Abrazo que no asfixia pero hace vínculo. Amor perdido. Fluidos que imploran confluír en algo más allá de esa pequeña muerte y del apacible abrazo posterior al éxtasis.

Bordear la muerte, olerla, sentir el vértigo de su cercanía, pero ¿entregarse a ella así, sin más?

Calma.

Susurra el viento y ella entra en trance entre la escucha y la huida. No puede soportar el sonido del silencio y no puede seguir soportando no soportarlo. ¿Qué es el amor? ¿qué podría ser ahora el amor? Siempre en su busca para vencer la vida rota en individuos y, con la mujer extraviada, le entregó el corazón a un fantasma que jamás encarnó.

Finalmente llegó el sosiego después de aquel salto al vacío. Vacío que confundió con el cielo, ¿o cielo que descubrió vacío?
